

tres
mujeres
sylvia plath



Sylvia Plath

TRES MUJERES

Traducción y presentación: Uriel Martínez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO, 1987

Este libro electrónico ha llegado a tu pantalla a través de Katarsis
<http://www.katarsis-net.com.ar>

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MÉXICO

Rector:

L.A.E. Jorge Guadarrama López

Director General de Difusión Cultural
y Extensión Universitaria

Lic. Marco Antonio Morales Gómez

Jefe del Departamento Editorial

Raquel Arce

Dibujo de la portada: Elvira Gascón

1a. Edición: 1982

2a. Edición: 1987

© Derechos Reservados

Hecho el depósito conforme a la Ley

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario Ote. 100 Toluca, Estado de México

50000, México

Impreso y hecho en México

Printed and made in México

ISBN 968-514-004-9

PRESENTACIÓN

LA PIEDAD SUBLEVADA

Sylvia Plath nació en Boston, Massachusetts (EU), en 1932, y murió en Londres el 11 de febrero de 1963, por voluntad propia. Su corta vida le permitió articular unos cuantos libros de poesía, entre otros, *Ariel*, *Tres mujeres* y *La campana del desamparo*; del segundo aquí presentamos una versión al castellano.

La división y alternancia del extenso poema en tres voces sólo viene a reiterarnos la comunidad de fijaciones y obsesiones que la autora ha desarrollado en tres experiencias idénticas. La presencia de la joven que trabaja en una oficina; la mujer que está próxima a dar a luz; y la mujer que se sabe herida, sangrada por vez primera y cuyo suceso viene a desencadenar una serie de terrores soterrados, signados sólo en apariencia por el olvido; tres experiencias que conforman el "reparto" de este poema dramático.

Entonces, *Tres mujeres* nos muestra el desdoblamiento, la aparición de igual número de vértices en los que un ser humano clama de dolor por la experiencia vivida, misma que rebasa su propio conocimiento e inteligencia.

En algún pasaje de su rabioso retrato, Eurípides hace a Medea lamentarse de su condición femenina y suplicar a los dioses la sustitución de la vivencia materna por el avance a la vanguardia de la columna guerrera; porque el sacrificio que significa el parir a sus hijos en medio de oleadas de sangre y con dolor, no borra la traición que Jasón ha cometido en su contra; porque finalmente el despojo vivido proviene de la voluntad de otro hombre — Creonte— y este renovar violento de un yugo patriarcal sobre el libre albedrío femenino señala, de nuevo aquella "derrota histórica" de la que hablan Morgan y Engels.¹

"¿Cómo puede ser tan pródiga la nada?" -se pregunta Sylvia Plath— "Ese es mi hijo./ Su ojo desorbitado es por esta vaga, terrible banalidad./ Se vuelve hacia mí como una plan-tita, ciega y alegre. "¿Vale, entonces, la pena vivir la experiencia de la maternidad? Aunque la moral judeo-cristiana responda afirmativamente, las voces de Medea y la Plath se oponen al prodigio de esa "nada", bautizada por el patriarca-médico, el patriarca-filósofo, el patriarca-opresor como "Naturaleza".

¿De qué vale el carácter violento con el que Hedda enfrenta a Elliot Lbvborg, al juez Brack

y a su marido, si finalmente acepta la sujeción a un orden impuesto? No es gratuita la opción por la que *Hedda Gabler*, de Henrik Ibsen, se inclina al final del terrible drama que vive; no es más que la sutil y perfecta trampa que esta sociedad ha elaborado para tantos inconformes. Por esto las interrogantes que la Plath se plantea en *Tres mujeres*, a propósito de sus períodos hemorrágicos: "¿Es el aire, las partículas mortales que aspiro?/ ¿Soy un pulso que se debilita cada vez más ante el arcángel frío?/ ¿Es él mi amante?, ¿Esta muerte, es ella otra muerte?"

Quizá una tentativa de respuesta se halle en algunos párrafos de Georg Groddeck: "Pero la idea de que es posible amputar órganos sexuales proviene de la comprobación de años remotos referente a la diferencia que existe entre ambos sexos debido a que de niños interpretamos el sexo de la mujer como la herida dejada por la castración: la mujer es un hombre baldado. Esta idea cobra seguridad debido a la percepción de las hemorragias que olemos".² Sin embargo, esta aproximación que racionaliza un fenómeno exclusivo y propio de la mujer, no dará consuelo ni amparo, ni brindará a la poeta un pretexto para silenciar su voz sublevada.

Es indudable que las determinaciones para los contenidos y la conformación de un estilo — en artistas diversos— son producto de un momento histórico y cultural que les son comunes; más aún cuando son organismos vivos semejantes, de aquí el parentesco entre las voces de la autora de *Ariel* y Marge Piercy (Detroit, 1936), más aún si la cercanía de su advenimiento al mundo tiene una mínima diferencia de cuatro años. Por esto la afinidad de su discurso poético: "...en mi cabeza aparece una/ niña de doce años con sus órganos genitales/ extirpados a cuchillo, con su útero entumecido".³ Afinidades sobre todo en la visualización que ambas tienen sobre sus conmociones lunares: "Es un amor de la muerte, que todo envenena./ Un sol muerto destiñe el periódico./ Se torna rojo./ Pierdo vida tras vida. La tierra negra las bebe".

Aunque conjugadas en este esbozo introductorio, las mujeres reales se han mezclado con las que son producto de la ficción —como la Gabler y Medea—, mismas que, no sólo por el hecho de serlo, no dejan de representar un modo de opresión específico del período histórico que cada una de ellas simboliza. Me explico: cada artista está imbuido y es determinado tanto en su estilo como en su visión del mundo —para Antonio Gramsci uno y otra son equivalentes— por el período que vive. Simone de Beauvoir escribe: "La mujer se siente disminuida porque en verdad, las consignas de la femineidad la disminuyen. Espontáneamente elige ser un individuo completo, un sujeto y una libertad delante de quienes le abren el mundo y el porvenir, y si esa elección se confunde con la de la virilidad, lo es en la medida en la que la femineidad significa hoy día mutilación".⁴

Insuficiencia que orilla a Medea a desarrollar formas esotéricas de poder, mismas que desde que el hombre existe han permanecido más o menos al margen de la sociedad que se precia de "científica"; insuficiencia que a la criatura de Ibsen la lleva a enarbolar y hacer funcionar el símbolo fálico de un arma; ausencia que en la Plath la lleva a desarrollar una voz conmovida por los influjos de la luna en su cuerpo: carencia que a la mujer que se asume como accesorio del "macho", la "verdadera mujer", De Beauvoir la define así: "es un producto artificial, al cual la civilización fabrica como antes se fabricaban castrados; sus pretendidos 'instintos' de coquetería y docilidad le son insuflados del mismo modo que el orgullo fálico al hombre; éste no siempre acepta su vocación viril, y ella tiene sus buenas razones para aceptar menos dócilmente aún la que le es asignada".⁴

De aquí, también, la consanguinidad existente entre la interlocutora a la que se dirige la Piercy ("Conocimos/ las propiedades de las yerbas y de/ las cataplasmas de nuestra leche"), y los legendarios quehaceres a los que se dedica María Sabina en la sierra de Oaxaca.

Uriel Martínez

BIBLIOGRAFÍA

1. Engels, F., *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Editorial Progreso, Moscú, 1970.
2. Groddeck, Georg, *El libro de ello*; prólogo de L. Durrell; evocación postuma de H. von Keyserling; Editorial Sudamericana; Buenos Aires, Argentina, 1968.
3. Piercy, Marge, *Ventana de la mujer en llamas*, antología; presentación y traducción: José Vicente Anaya, UAEM; (Col. La abeja en la colmena, No. 3); Toluca, 1981.
4. Beauvoir de, Simone, "La lesbiana" en *La homosexualidad en la sociedad moderna*, ediciones Siglo XX; Buenos Aires, Argentina, 1973.

TRES MUJERES

Decorado: un hospital de maternidad y sus alrededores.

PRIMERA VOZ:

Soy lenta como la Tierra. Soy muy paciente,
Cumplo mi ciclo, soles y estrellas
Me miran con atención.
El celo de la luna es más personal:
Pasa y vuelve a pasar, luminosa como
una enfermera. ¿Lamenta ella lo que me va a suceder?
No lo sé. Está simplemente asombrada
ante la fecundidad.
Cuando salgo, soy un gran suceso. No tengo necesidad de pensar
o de prepararme. Lo que sucede en mí tendrá lugar
de todos modos.
El faisán se yergue sobre la colina:
Se alisa las plumas pardas.
Sonrío a mi pesar a todo lo que conozco.
Hojas y pétalos me acompañan.
Estoy lista.

SEGUNDA VOZ:

Cuando la vi por vez primera,
esta pequeña hemorragia, no lo creí.
Veía a los hombres andar a mi alrededor,
en la oficina.
¡Estaban tan tranquilos!
Algo había de cartón en ellos,
después comprendí
Esta banalidad tan vacía, la que engendra
las ideas, las destrucciones,
Los bulldozers, las guillotinas, las habitaciones
blancas llenas
De aullidos. Y las abstracciones. Estos
arcángeles fríos.
Yo estaba sentada ante mi máquina de escribir,
en sastré y tacones altos,
Cuando el hombre para el que trabajo me dijo
sonriente: “¿Vio un fantasma?
De pronto está usted tan pálida”. No dije nada.
No alcanzaba a creer. ¿Es que es tan
difícil
Para el espíritu concebir una cara, una
boca?
Los pedidos salen de las teclas
negras y las teclas negras
salen
De mis dedos alfabéticos, ellas ordenan las piezas.

Y aún las piezas, los pabilos, los engranajes,
toda una multiplicidad brillante.
Muero sentada. Pierdo una dimensión.
En mis oídos hay trenes que rugen, salen, salen.
La huella plateada del tiempo se devana en la
distancia,

El cielo blanco se vacía de sus promesas
como un tazón.

Esta resonancia mecánica
producida por mis pies.

Tap, tap, tap, tobillos de acero. Siento
una insuficiencia.

Es una enfermedad que llevo conmigo,
es una muerte.

Una vez más, es una muerte.

¿Es el aire, Las partículas mortales que aspiro? ¿Soy
un pulso

Que se debilita cada vez más ante
el arcángel frío?

¿Es él mi amante?

¿Esta muerte, es ella
otra muerte?

Cuando fui niña, amé un nombre
corroído por el liquen.

¿Sería entonces el único pecado, este viejo amor
muerto de la muerte?

TERCERA VOZ

Recuerdo el instante en que
realmente lo supe.
Los sauces perdían su calor,
El rostro en el estanque era bello, pero
no era el mío, Tenía un aire importante, como todo
el resto,
Y no veía más que peligros:
palomas, palabras,
Estrellas y lluvias de oro — ¡concepciones,
inseminaciones! —
Recuerdo un ala blanca y fría.

Y el gran cisne, con su mirada terrible,
viniendo a mí, como un castillo,
de río crecido.
Hay una serpiente en los cisnes.
Ella resbaló cerca de mí; su ojo contenía un
mensaje sombrío,
Vi el mundo en ella —pequeño, mezquino y
sombrio.
Cada pequeña palabra enganchada a otra,
los actos a los actos.
Algo había brotado de ese día cálido
y azul.

No estaba lista. Las nubes blancas
se precipitaron.
A los cuatro sentidos.
Ellas me descuartizaron.
No estaba lista.
Carecía de respeto.
Creía poder negar las consecuencias.
Pero ya era demasiado tarde.

Era demasiado tarde,
y el rostro se tornó más nítido,
amoroso, como si yo estuviera lista.

SEGUNDA VOZ:

El mundo ahora es de nieve.
No estoy en casa.
Qué blancas son estas sábanas. Los rostros
no tienen rasgos.
Son lisos e imposibles, como
la cara de mis hijos,
Estos pequeños enfermos que escapan a mi
abrazo.
Los otros niños no me tocan:
Más bien me tienen miedo.
Tienen buen color, mucha vida. No se
están quietos,
Sosegados como el pequeño vacío que llevo
en mí.

Tuve oportunidades. Probé y
traté.
Cosí la vida a mi vida como una voz
rara.
Caminé con cuidado, con precaución.
como un objeto extraño.
Intenté no pensar demasiado. Traté
de ser natural.
Traté ciegamente de ser amorosa.
como las demás mujeres,
Ciega en mi lecho, con mi querido ciego.
No buscaré otro rostro
en la densa oscuridad.
No busqué. Pero el rostro
aún estaba ahí.
La cara del que ya se amaba
en su perfección.
La cara del muerto que no podía ser

perfecto

Más que en su fácil calma y que así no podía
ser santo.

Y luego hubo otras caras.

Los rostros

de naciones,

gobiernos, parlamentos, sociedades.

Rostro sin rostro de hombres

importantes.

Son estos los hombres que me molestan:

¡Son tan celosos de todo lo que no sea

plano! Dioses celosos.

Ellos quieren que el mundo entero sea plano

porque ellos lo son.

Veo al Padre que habla con el Hijo.

Una serenidad tal no puede ser más que santa.

Se dicen: "debemos crear un paraíso.

Lavemos y aplanemos el relieve de

estas almas"

PRIMERA VOZ:

Estoy tranquila. Estoy tranquila. Es la calma
que antecede a lo terrible:
El instante amarillo, anterior al viento caminante
cuando las hojas
Voltean sus manos y muestran su palidez.
Aquí realmente hay calma.
Las voces retroceden y se ensordecen.
Las sábanas y los rostros blancos se han detenido
Como esferas de péndulo. Sus jeroglíficos visibles
Devienen en cortinas de pergamino que me protegen
del viento. ¡Esconden secretos tales en árabe,
en chino!

Estoy muda y parda, soy una semilla
a punto de reventar.
Lo que en mí es negro está muerto,
es decepcionante:
No desea ser más, nada.
El crepúsculo me cubre de azul como
una María.
¡Color de distancia y olvido!
¿Cuándo vendrá la suplente, dónde se romperá
el tiempo?
¿Será devorada por la eternidad, y dónde me
oscureceré?

Hablo conmigo misma, sólo conmigo,
yo desvarío-

Estoy llena de desinfectantes

rojos, presta al sacrificio.

La espera pasa torpe en mis párpados,
pesa como el sueño,

Como el peso del mar. Muy lejos,
siento el primer vago

E inevitable mareo que carga sobre mí
su pesadez de agonía

Y yo, concha resonante en esta playa
blanca,

Afronto estas voces aciagas, este elemento
terrible.

TERCERA VOZ:

He aquí que soy montaña
entre mujeres-montañas.
Los médicos van entre nosotras
como si nuestra gordura
Espantara el alma. Sonríen como
imbéciles.
Son culpables porque yo lo soy,
y lo saben.
Cargan su vacuidad como un modo
de salud.
Y si los hubiera sorprendido, como a mí.
Se habrían vuelto locos.

¿Y si dos vidas fluyeran de mis muslos?
Vi la sala blanca y limpia
con sus instrumentos.
Es un lugar de gritos sin gozo.
"Aquí vendrá usted cuando
esté lista".
Los vigilantes son lunas vacías y rojas,
empañadas de sangre.
No estoy lista para lo que pueda suceder.
Tendría que matar lo que me mata.

PRIMERA VOZ:

No hay milagro más cruel que éste.
Soy arrastrada por caballos
con cascos de acero.
Resisto. Tengo una herida. Desempeño un trabajo.
Este túnel negro por el que pasan en fogonazos
las pruebas,
Las pruebas, los síntomas, los rostros
perturbados.
Soy el centro de una atrocidad.
¿Qué sufrimientos, qué tristezas
habré de parir y amar?

¿Una inocencia tal, puede matar aún?
Ella se cría de mi vida.
Los árboles mueren en la calle.
La lluvia es corrosiva.
La siento en mi lengua, y los dolores
del trabajo,
Los horrores que se ensañan,
se aflojan, las indiferentes
parteras
Con su corazón prendido que golpea
y sus estuches de instrumentos.
Seré una pared y un techo que ampara.
Seré un cielo, un monte de bondad:
¡Déjenme vivir!
Una fuerza rota en mí, una antigua tenacidad.
Me agrieto como el mundo.
Esta obscuridad,
Esta ráfaga de obscuridad. Cruzo mis manos
sobre una montaña.

El aire es denso. Pesado por
mi trabajo.
Me usan. Me manipulan.
A mis ojos los atormenta la noche.
No veo nada.

SEGUNDA VOZ:

Soy acusada. Sueño matanzas.
Soy un jardín de agonías negras y rojas.
Las bebo,
Me odian, rencorosa y espantada.
Y ahora el mundo concibe
Su fin y se abalanza hacia ella, los brazos tendidos,
lentos de amor.
Es un amor de la muerte,
que todo envenena.
Un sol muerto destiñe el periódico.
Se torna rojo.
Pierdo vida tras vida. La tierra negra las bebe.

Ella es el vampiro de todas nosotras.
Nos mantiene.
Nos ceba, es buena.
Su boca es roja.
La conozco, la conozco íntimamente.
Vieja mendiga, escarchada y estéril, vieja
bomba de tiempo.
Los hombres la engañaron
Ella se los tragará
Los tragará, los tragará, sí, los tragará.
El sol ya se tendió. Yo muero.
Forjo una muerte.

PRIMERA VOZ:

¿Quién es este terrible muchacho azul, extraño y brillante, como caído de una estrella?

¡Mira con tanta cólera! Atracó
en el cuarto, con un grito en el talón.
El azul se vuelve más pálido. Después de todo
es humano.

Un loto rojo se abre en un tazón de sangre;
Me vuelven a coser con seda, como si
fuera una tela.

¿Qué hacían mis dedos antes de tenerle?
¿Qué hacía mi corazón antes de amarle?

Nunca vi nada tan límpido
Sus párpados son flores de lilas
Y su aliento es dulce como una mariposa
nocturna.
No le abandonaré.
No hay artificio ni defecto en él.
Que así se conserve.

SEGUNDA VOZ:

La luna se ve en el alto cristal.
Se acabó
¡El invierno me hinchó el alma!
Y esta luz
caliza
Que pinta escamas en los cristales de
oficinas vacías,
De escuelas vacías, de iglesias vacías.
¡Cuánto vacío!
Después viene esta suspensión. Esta terrible suspensión
de todo.
Estos cuerpos amontonados a mi alrededor,
Estos durmientes polares.
¿Qué rayo azul y hielo lunar son sus sueños?

Siento que entra en mí, frío, desconocido,
como un instrumento.
En el otro extremo esa silueta dura y loca,
esa boca redonda
Siempre abierta en señal de lamento.
Es ella la que, mes tras mes, arrastra tras de sí
sus mareas de sangre negra que anuncian el fracaso.
Suspendido de sus recursos, soy también
impotente como el mar.
Me siento inquieta. Inquieta e inútil.
Yo también, doy a luz cadáveres.

Iré hacia el norte. Iré a la noche polar.
Me veo como una sombra, ni hombre
ni mujer.
Ni como una mujer dichosa de ser
un hombre, ni como un hombre
Bastante brutal y lo suficientemente tranquilo

para no sentir

una insuficiencia. Siento una carencia.

Tengo mis dedos levantados, diez estacas blancas.

Miro, la oscuridad se filtra y atraviesa los nudillos.

No puedo retenerla. No puedo contener mi vida.

Seré una heroína periférica.

No me dejaré acusar por los botones caídos

Por los agujeros en los talones de calcetines, los rostros blancos y mudos

De cartas sin respuesta, encerrados en estuches.

No se me delatará, no se me acusará.

El reloj no me hallará en la espera,

ni esas estrellas

Que clavan un abismo en otro abismo.

TERCERA VOZ:

La miro en mi sueño, mi terrible
y pequeña niña roja.
Llora a través del vidrio que nos separa.
Llora, está muy molesta.
Sus chillidos son uñas que agarran y
rasguñan como gatos.
Por sus uñas afiladas es que roba
mi atención.
Llora con la noche, con las estrellas
Que brillan y giran tan lejos de nosotros.

Su cabecita parece esculpida en madera,
De madera roja y dura, los ojos cerrados y la
boca grande, abierta,
de la boca abierta salen gritos agudos
Que arañan mis sueños como
flechas.
Rasguñan mi sueño, y penetran mis
flancos.
Mi hija no tiene dientes. Su boca es
larga
Emite sonidos tan siniestros que no puede
ser buena.

PRIMERA VOZ:

¿Quién nos lanza esas criaturas
inocentes?

Mira, ellas están extenuadas, todas
flácidas

En su cuna de tela, con su nombre anudado
en la muñeca,

Esta medallita de plata que ellas
vinieron a buscar de tan lejos.

Algunas tienen los cabellos negros y densos,
otras están calvas.

El color de su piel es rosa, pálido,
moreno o rojo,

Ellas comienzan a recordar sus
diferencias.

Parecen hechas de agua; no tienen
expresión.

Sus facciones duermen, como la luz
en el agua quieta.

Son verdaderos frailes y
monjas con hábitos idénticos.

Las veo como cuerpos celestes que
llueven sobre la tierra

Estas pequeñas maravillas,
estos ídolos puros

llueven. En la India, en el África, las Américas.
Huelen a leche.

Sus talones no fueron tocados
caminar en el aire.

¿Cómo puede ser tan pródiga la nada?

Ese es mi hijo

Su ojo desorbitado es por esta vaga,
terrible banalidad.

Se vuelve hacia mí como una plantita,
ciega y alegre.

Un grito. Es el tejido del que
cuelgo.

Me vuelvo un río de leche.

Soy una montaña caliente.

SEGUNDA VOZ:

No soy fea. Yo misma soy bonita.

El espejo me devuelve la imagen de una mujer
proporcionada.

Las enfermeras me regresan mis ropas
y una identidad.

Es normal, dicen, que esto suceda.

Es común en mi vida, y en la vida
de las otras.

Una de cada cinco, más o menos. No
perdí la esperanza.

Soy bella como una estadística. Ese es
el lápiz rojo para mis labios.

Dibujé la antigua boca que había patentado con
mi identidad.

Hace uno, dos, tres días. Era un viernes.

No tengo necesidad de licencia; puedo
trabajar desde hoy.

Puedo querer a mi marido, que comprenderá.

Que me querrá a través de las penas de mi
dolencia. Como si yo hubiera perdido un ojo, una pierna
o la lengua.

Heme aquí de pie, un poco ciega.

Me alejo

Sobre ruedas, a modo de piernas,
esto marcha muy bien.

Y aprendo a hablar con los dedos,
no con la lengua.

El cuerpo está pleno de recursos.

El cuerpo de una estrella de mar puede
empujar sus brazos

Y las salamandras son ricas en piernas.

Que yo sea

Pródiga en lo que me falta.

TERCERA VOZ:

Es una pequeña isla, dormida y apacible,
Y yo soy un blanco navío mugiente:

Adiós, adiós.

El sol está caliente. Muy lúgubre.

Las flores de esta sala son rojas
y tropicales.

Vivieron toda su vida detrás del vaso,
cuidadas con ternura.

Todavía enfrentan un invierno de
sábanas y rostros blancos.

Tengo muy pocas cosas en mi
valija.

Los vestidos de una mujer gorda que no
conozco.

Allí está mi peine y mi cepillo. Hay un
vacío.

Soy tan vulnerable de repente.

Soy una herida que abandona el hospital.

Soy una herida que dejan partir.

Atrás dejo mi salud. Dejo a
alguien

Que querría adherirse a mí: desato su
dedos como vendajes:

Me voy.

SEGUNDA VOZ:

Soy mía de nuevo. Todo está en su lugar.
Estoy desangrada, blanca como la cera,
no tengo ataduras.

Soy plana y virginal, esto quiere decir que
nada ha sucedido.

Nada que no pudiera estar borrado, arrancado
raspado o recommenzado.

Estas pequeñas ramas negras ya no piensan en
florecer,

Y estos cauces tan secos, ya no sueñan
con la lluvia

Y esta mujer que me encuentra en los
escaparates— está impecable.

Estuvo a punto de ser transparente
como un espíritu.

Tímidamente es como ella sobrepone su
cuidada persona

Al infierno de naranjas de África, y de
cerdos colgados de las patas.

Más tarde ella vuelve a la realidad.

Soy soy. Soy yo—

Quien saborea la amargura entre los dientes.

La incalculable maldad cotidiana.

PRIMERA VOZ:

¿Cuánto tiempo podré ser un muro,
protegido del viento?

¿Cuánto tiempo podría yo
Atenuar al sol con la sombra de mi mano,
Interpretar los rayos azules de la luna
fría?

Las voces de la soledad, las voces del dolor
Golpean mi espalda incansablemente.

¿Podrá esta pequeña mecedora calmarlas?

¿Cuánto tiempo podré ser pared
alrededor de mi propiedad verde?

¿Cuánto tiempo podrán ser mis manos
Una venda para su mal, y mis palabras,
Colibríes deslumbrantes, podrán seguir
consolándola?

Es una cosa terrible

Que esté tan abierta: como si mi corazón
Elaborara un rostro e hiciera su entrada
en el mundo.

TERCERA VOZ:

Hoy los sentidos están ebrios de
primavera.

Mi capa negra es un pequeño sepelio:

Esto testimonia mi formalidad.

Llevo mis libros especializados a mi costado.

Hace poco tuve una vieja herida, pero
ya está en vías de sanar.

Yo soñaba una isla, roja de gritos.

Fue un sueño sin importancia.

PRIMERA VOZ:

El alba abre sus pétalos en el gran olmo
al lado de la casa.

Los vencejos regresaron. Silban
como cohetes de papel.

Oigo el sonido de las horas
Que se amplifica y se desvanece en
los caminos huecos. Oigo las vacas
que mugen.

Los colores recobran su resplandor, y el heno
mojado
humea al sol.

Los narcisos entreabren su rostro blanco
en el huerto.

Estoy tranquila. Estoy tranquila.

Estos son los colores claros de la habitación
del niño,

Esos son los canarios que picotean y los alegres
corderos.

De nuevo soy sencilla. Creo en
los milagros.

No creo en esos niños aterradores
Cuyos ojos blancos y manos sin dedos
dislocan mi sueño.

Esos no son míos. No me pertenecen.

Voy a meditar en el orden de las cosas.

Voy a meditar en mi muchachito.

No camina. No me dice ni una palabra.

Aún está en pañales, en mantillas
blancas.

Sin embargo él es rosa y perfecto. Sonríe tan seguido.

Tapicé su habitación de rosas gigantes.

Por todas partes pinté corazoncitos.

No lo quiero talentoso.

Es la excepción lo que le interesa al diablo.

Es la excepción la que trepa la colina
dolorosa.

Que se sienta en el desierto y hace sufrir
al corazón de su madre.

Lo quiero superficial,

Y que me ame como lo amo, y que
se case con quien quiera y donde quiera.

TERCERA VOZ:

El calor del medio día en los alrededores.
Los botones de oro
Se doblan y funden, y los amantes
No dejan de pasar.
Son oscuros y vacíos como sombras.
¡Es de tal suerte sano que no haya
apegos!

Soy solitaria como la yerba.
¿Qué es esto que me falta?
¿Jamás le encontraré, sea lo que sea?

Los cisnes se han ido. El río
Aún recuerda su blancura.
Él busca sus fulgores.
Encuentra sus formas en una nube
¿Qué es este pájaro que llama con
tal dolor en la voz?
Dice que estoy más joven que nunca.
¿Qué es esto que me falta?

SEGUNDA VOZ:

Estoy en casa a la luz de la lámpara.

Los atardeceres se prolongan,

Remiendo una falda de seda:

mi marido lee.

Con qué belleza la luz abarca todo

esto.

Hay una suerte de vaho en el aire primaveral.

Un vaho que impregna de rosa los parques

y las pequeñas estatuas como si una

ternura se despertara,

Una ternura que no extenúa, que

cura.

Espero y estoy mal. Creo que estoy
sanando.

Quedan demasiadas cosas por hacer.

Mis manos

Pueden coser con cuidado este encaje

a esta tela. Mi marido

Puede voltear y volver las páginas de un libro.

Y así estamos juntos en casa,

—durante horas.

Sólo el tiempo pesa en nuestras manos.

Sólo el tiempo, que tampoco es

material.

De golpe las calles pueden volverse papel,
pero me repongo

De mi larga caída, y me recupero en
mi cama,

Al amparo del colchón, las manos

atadas como para una caída.

Me recupero. Ya no soy una sombra

Aunque haya una sombra que sale de mis
pies. Soy una esposa.

La ciudad espera y tiene un mal. Las yerbitas

Crujen a través de las piedras, y están
verdes de vida.